

caballeros y de los otros españoles saben hablar la lengua del inga, que es común y general en todo el reino del Perú. De esto se sigue una grande utilidad, y es que los que nacen en la ciudad de este reino, si llegan a ser sacerdotes, doctrinan, predicán y confiesan a los indios en su propio idioma (ibídem: 5).

Sigue la narración de la llegada de la Compañía de Jesús en 1586; el terremoto de 1587 en el que, en medio de la gran mortandad de la población, se salvaron todos los jesuitas que, con faroles, confesaban a los moribundos; la gran destrucción operada, aunque la vieja casa que ocupaban los de la Compañía permaneció indemne, por lo que «con esto parece que Dios dio a entender que era su voluntad que la Compañía tuviese casa estable en esta ciudad y que los de la Compañía viviesen en ella para darles la vida espiritual a los vecinos y forasteros» (ibidem: 6). Una minuciosa descripción de la nueva iglesia y convento que el jesuita Marcos Guerra construyó señala el establecimiento emblemático de la orden que en Quito desarrolló su máxima presencia americana, convirtiendo a la ciudad en emblema del barroco. Siguen muchos acontecimientos en esta importante y casi desconocida historia. Destaca el capítulo XXXI («Reventó el volcán del cerro Pichincha y causó varios efectos») donde el acontecimiento se pone al servicio de la contrición pública (confesiones a viva voz, procesiones de todas las órdenes, hasta el efecto principal que Pedro Mercado define como «la ciudad de Quito parecía toda una muy santa ciudad»). Pero el acontecimiento, acaecido en 1660, merece el testimonio de otro testigo.

El presbítero Juan Romero, en 1660, contaba en prosa conceptista la erupción del volcán Pichincha dándonos una imagen menos idílica que la de Jacinto de Evia nos dio acerca de los montes que rodean la ciudad:

Yacen hacia la parte del poniente tres tan vecinos como enemigos montes, pues casi todo el año miran a esta ciudad con sobrecejo, ya en las continuas lluvias que cuajan en sus cumbres, ya en las cargadas nubes de rayos y granizos que forman sus tempestades. En su fundación uno de estos tres montes filisteos, cuyas faldas de Dalila han solicitado las ruinas de sus Sansones edificios, de donde pintando una ciudad entre dos montes tomó sus armas esta república de cuantas veces ha tomado contra ellas el colérico enojo de aquestos empedernidos promontorios (Herrera, 1860: 111-112. Cit. Rodríguez Castelo, 1984: XXI).

La ciudad tiene un siglo XVIII que fue prolongación de un barroco tardío con manifestaciones arquitectónicas importantes. Tiene escritores renombrados que, en el caso de los jesuitas, vivieron el exilio italiano decretado por la expulsión de Carlos IV en 1767. El más importante de ellos es sin duda Juan Bautista Aguirre, nacido en Daule en 1725 y fallecido en su exilio italiano, en Tívoli, en 1786. La obra poética de Aguirre es importante y su visión urbana también. Nadie intentó deteriorar tanto la ciudad en la que viviera años importantes de su vida entre 1758 y 1767 como profesor de filosofía, de física y de moral en el colegio de San Gregorio. Su poema «Quito» contiene humor descriptivo de un ciudad que se le ha convertido en maldita:

Buscando un lugar maldito
 A qué echarme su rigor,
 Y no encontrando otro peor,
 Me vino a botar a Quito;
 A Quito otra vez repito
 Que entre toscos, nada menos,
 Varios diversos terrenos,
 Siguiendo, hermano, su norma,
 Es un lugar de esta forma,
 Disparate más o menos.

Es su situación tan mala,
 Que por una y otra cuesta
 La una mitad se recuesta,
 La otra mitad se resbala;
 Ella se sube y se cala
 Por cerros, por quebradones,
 Por Guaicos y por rincones,
 Y en andar así escondida
 Bien nos muestra que es guarida
 De un enjambre de ladrones. (Aguirre, en Rodríguez Castelo,
 ed., 1984: 244)

Piojos, mujeres feas y velludas, mala comida, procesiones espantosas e impías aunque lleven «cien Cristos en montón», pobreza, robos a los forasteros, frailes que no cumplen los votos, chismes, mentiras públicas, o la lluvia permanente en la ciudad en un invierno que dura «so-

lamente trece meses» en el que Quito esta «bajo las ingles del cielo,/ es decir, siempre meando», forman una visión desolada que tiene que ver con el destierro de Aguirre.

En 1802, Alexander Von Humboldt está en la ciudad de Quito y da cuenta, en un ascenso con Bompland y Montúfar al Pichincha, de la actividad del volcán y de los temblores que ha vivido en la proximidad de su cráter, que está anunciando, piensa, una nueva catástrofe sobre la ciudad que ya ha vivido tantos, pero corrige las visiones urbanas que sobre la ciudad otros habían dado: «Pese a los horrores y los peligros con que los ha rodeado la naturaleza, los habitantes de Quito son alegres, vivos y amables. Su ciudad sólo respira voluptuosidad y lujo y en ningún lado como allí reina un gusto más decidido y general de divertirse. Así es como el hombre se acostumbra a dormir apaciblemente al borde de un precipicio».



Carboncillo 106,5 x 76,5 cm, SF, SF, *Retrato*